

Una apuesta de ciudad por los jóvenes

Inmersión rotunda y contundente en la exclusión

Reflexiones en torno a la experiencia de formación con los jóvenes de Bogotá en el marco del convenio 546 de 2014

Víctor Manuel Gaviria González⁶ / Gustavo Pinilla Vásquez

Víctor Gaviria, director de cine desde 1986, llevando a cabo su primer largometraje Rodrigo D.- No futuro, encontró los jóvenes de la exclusión envueltos en una nube de equívocos, de desatinos, de valores locos e invertidos... El final de todos estos muchachos, que no llegaban a 20 años, fue implacable, siniestro, despiadado, todo lo contrario a compasivo.

A decir de Gaviria eran los muchachos del No futuro, y esta realidad de no tener futuro, de estar encerrados en un destino de cuatro paredes, les provocaba un desasosiego y una hiperactividad que les impedía la pausa, los procesos lentos, los procesos del conocimiento, no el conocimiento de la calle, que se daba para ellos instantáneo. Estaban envueltos en unos "principios", en unas ideas atrevidas y desorbitadas, rápidas, en unos atajos que conformaban todos una lista de anti-valores, que eran para ellos soluciones, salidas, puertas desesperadas, intentos extremos, por solucionar su condena de no tener tiempo futuro, de no tener lugar en el mundo, a estar condenados a vivir la experiencia de no ser nadie, de no estar y no existir socialmente.

Luego "La Vendedora..." me confirmó esta condición de la exclusión en una vasta y enorme población de la juventud de Antioquia y del país. Una población que tiene por únicas salidas estos antivalores que los arrojan, una y otra vez, contra muros y paredes de imposibilidad, que los desgastan y laceran hasta una larga agonía que termina... en la muerte.

Pero estos siempre eran jóvenes originales, con un lenguaje atravesado por corrientes de antilenguaje, con una construcción fascinante y sorprendente del sentido personal, jóvenes crecidos al borde de las pruebas de vida más extremas y suicidas, en unos lugares de autenticidad y de estremecida originalidad.

Y en este llegar al mundo sin haber sido esperados ni tener lugar, detrás de este sinsentido que aturde, había en el comienzo una marca peor que el sinsentido, una herida profunda, insoportable, una mancha desconsoladora, un alarido silencioso, en otras palabras, y definiéndola claramente, un abandono de origen como comienzo de la vida.

Y esto fue lo que encontré, de nuevo, en los jóvenes que la administración de la ciudad de Bogotá -a través del IDIPRON, el IDEP y la ACDTIC- escogió para hacer parte de este programa de solidaridad especial. Una inmersión rotunda y contundente en la exclusión, a veces con una fuerza tan extrema que sorprende debajo de la apariencia común de jóvenes de ciudad.

Pero la gran diferencia de este proceso era que no estábamos ya en ese punto muerto de los actores de Rodrigo D. y la Vendedora de Rosas... Estaban en un Proceso con Salida, un proceso de inclusión, a través de la atrevida propuesta que la ciudad implementó: por casualidad a algunos en sus barrios les tocaron de pronto el hombro y les propusieron: "miren muchachos, le pagamos \$30 mil pesos diarios por estudiar."

Y esta propuesta que les hizo la ciudad les permitió vivir una experiencia a la que yo nunca había asistido... Los desenlaces de los actores de Rodrigo D. y La Vendedora... nunca fueron buenos, eran finales tristes pre-determinados, eran muertes anunciadas...

Lo primero que me llamó la atención del Convenio 546, fue lo enfocado que estuvo en la escogencia de los muchachos. Con una certeza completa, ese grupo de 1.275 muchachos que escogió, son una muestra auténtica, profunda e intensa, de la exclusión en Bogotá. En cada uno de ellos, a veces de una manera disimulada y a veces de una forma vehemente y radical, se expresa la exclusión más directa, más punitiva y desamparada, más extrema.

Pero de nuevo en esta experiencia de hoy (2016) en Bogotá, esta herida profunda de exclusión está encarnada por los jóvenes más originales y auténticos; por jóvenes que reflejan, como ninguna otra persona o ningún otro hecho social, los dolores y los sentimientos más agobiados y humillados de la capital del país.

Y esta originalidad se expresa a través de unos testimonios que ellos han hecho frente a las cámaras, dándonos cuenta de una experiencia de la ciudad que no está escrita ni expresada en ninguna parte, en ningún texto, en ningún libro, y que por

primera vez se inscribe como verdad en el "texto" de sus testimonios. Son voces que nos dicen verdades y experiencia de ciudad que nunca se habían expresado, que nunca se habían escuchado.

En los testimonios de estos muchachos se encuentran verdades que sólo pueden derivarse de unos dolores de la exclusión, que no habían aparecido en ninguna parte.

El primero de estos muchachos que entrevisté en el patio interior de FUMDIR, mientras en el auditorio se proyectaba "La Vendedora de Rosas", un joven vivido y gastado de 25 años, se "devolvió" hasta los siete años de vida, cuando su papá murió de enfermedad fulminante y su mamá tuvo que recorrer Bogotá con él y tres hermanitos pidiendo plata para no morir de hambre, nos habló de lo que había aprendido de esa experiencia extrema de no tener nada: de cómo había aprendido a valorar las cosas, la más pequeña, un bocado de arroz, había aprendido a valorar lo que la vida daba, revelación profunda que no podían vivir quienes tenían todo,

quienes recibían todo de la ciudad como si fuera algo natural. Y sus conocimientos en el oficio le habían permitido aprender, que era el diseño gráfico, él los celebraba porque ahora sí tenía "saberes" que enseñarle a sus hijos. Como dando a entender que el conocimiento hace resucitar la palabra del padre para los hijos.

Esta experiencia, que construyó e implementó la ciudad, acercó por primera vez a las instituciones y a sus propuestas, a muchas personas que estaban de espaldas o en los rincones más inaccesibles y solos, a personas que estaban inmersas en la exclusión más inclemente, en la forma de droga, de la delincuencia, de la prostitución, del abandono, de otras tantas formas. Por primera vez estas personas recibieron una ayuda para que su vida se orientara un poco hacia las instituciones sociales.

A algunos que están demasiado inmersos en sus extravíos, en sus sentimientos heridos que claman venganza, en la droga que los aparta de todos y de sí mismos, tal vez el programa no logre salvarlos. Pero hay otros que logran transformar sus calles de exclusión

a través de tecnificar sus negocios de tatuajes, de impresiones y diseños. Alimentan sus negocios de barrio con los conocimientos que aprenden en el proyecto, pero siguen conviviendo con la droga que cambia el ánimo, con lo ilícito, con las formas desesperadas de la sobrevivencia.

Hay otros a quienes este proceso de conocimiento y convivencia institucional los empujó a recuperar de inmediato sus sueños postergados y sus planes de hacer muchas cosas.

Creo que a todos estos muchachos la exclusión les ha creado la rebeldía de nunca querer trabajar para nadie, una rebeldía que pide la libertad de no ser explotados por ningún patrón, destino de sus mayores. Por eso la propuesta de formarse también en emprendimiento y proyectar sus conocimientos a la creación de sus propias empresas, llenó de esperanza a muchos de estos muchachos, que exigen para sus vidas la combinación de trabajo y libertad.

Es sobre todo entre las mujeres de 18 a 30 años, con uno o dos hijos, que el proyecto encontró su pleno sentido, porque da una respuesta a la pregunta de cómo alimentar a sus hijos, cómo llevarlos por las etapas de la infancia, cubriendo las necesidades esenciales. Esa esperanza y ese propósito de encontrar de una vez por toda una solución, sacan a estas madres jóvenes de un marasmo y un desánimo profundo, y les rescata la dignidad de madres que saben cómo salvar a sus pequeños hijos del hambre.

Pero lo que más me impresionó fue encontrarme de golpe con la realidad y el sentido del "barrismo", una palabra que esconde una verdad escandalosa, inesperada, que consiste en que único combustible de vida que les hemos dado a los jóvenes excluidos de los barrios populares de nuestras ciudades, es la guerra. No les hemos dado sino la ofensa y el odio como el único vínculo social, el único enlace con la vida.

6. Productores documental convenios IDEP - IDIRON - ACDTIC